

El servicio de la Cruz Roja

Por J.-G. Lossier

Dos acontecimientos actuales suscitan una reflexión sobre el significado del servicio de la Cruz Roja (de la Media Luna Roja y del León y Sol Rojos). El primero es la reciente aprobación, por la XXIII Conferencia Internacional, celebrada en Bucarest, de una resolución relativa a la « Misión de la Cruz Roja ». El segundo es el CL aniversario del nacimiento de Henry Dunant, celebrado este año y con motivo del cual, el Día mundial del 8 de mayo se dedicará, no sólo como se acostumbra a la memoria de Dunant, sino también a la acción en el mundo —y en favor de la paz— de los voluntarios de la obra que él fundó. Ahora bien, la resolución a que hacemos referencia destaca precisamente la importancia, para las Sociedades nacionales, de « fortalecer, entre sus miembros, el sentido de responsabilidad social y la práctica del servicio voluntario ».

Recordemos, al respecto, que las organizaciones benévolas ofrecen, a las personas que están a su servicio, la posibilidad de dar al prójimo, mediante su acción, algo más valioso aún que el dinero: el testimonio de que hay en nuestra sociedad, sentido de entrega y espíritu de comunión, y de que son fuerzas muy eficaces para edificar el mundo de mañana. Esas organizaciones, por otra parte, son más fuertes y mejor reconocidas cuando forman cuerpos disciplinados y no recurren a un voluntario, para que emprenda una tarea, sin darle la preparación y el apoyo necesarios. Sus miembros necesitan sentir que son parte integrante de un equipo que realiza una obra útil y juzgan la Cruz Roja según la calidad y el valor del compromiso que les propone. De ahí la necesidad, para cada uno, de conocer los motivos de su gesto asistencial y, para la propia Institución, de actualizar su mensaje y aclarar su sentido.

Un ejemplo siempre vivo

Henry Dunant vivió lo suficiente para poder ver la evolución prodigiosa de la obra a la que se asocia su nombre, puesto que, cuando murió en 1910, la Cruz Roja era ya un movimiento universal.

El acontecimiento decisivo de su vida fue Solferino. Aventura inverosímil: recorre las inmediaciones del campo de batalla sin que lo detengan (es tan sólo una persona civil) y finalmente, una pequeña tropa de enfermeros improvisados, soldados e incluso oficiales, lo siguen. Aventura que prosigue en Castiglione, en la Chiesa Maggiore, donde hay centenares de heridos que no reciben asistencia ni socorro. Dunant consigue que lo secunden médicos y enfermeros y él dirige el pequeño equipo, le da órdenes, estimula su interés y, noche y día, predica con el ejemplo. Aventura que adquirirá su total sentido cuando Dunant logra, él que no tiene ni título ni encargo, que prisioneros austríacos asistan, en adelante, a heridos franceses. Más tarde, en este enfrentamiento con la miseria humana, se inspira su libro: « *Recuerdo de Solferino* », que habrá de conmover a las conciencias en ese siglo XIX, tan dispuesto a vibrar ante los grandes llamamientos humanitarios.

El idealismo de Dunant, su fe activa, todo contribuyó a suscitarle una confianza absoluta en su obra. Pero su fe no era dogmática, dejaba de lado distinciones y matices; era la fe que mueve montañas y permanece viva hasta el último día, pese a tristezas y humillaciones. Y ésto, al igual que el ambiente y el momento favorables, explican la rapidez con que se desarrolló el movimiento que fundó y su capacidad renovadora.

Fue un verdadero visionario, particularmente cuando presentó a un Congreso, en Berlín, una propuesta tan nueva y audaz como era la neutralidad de heridos y enfermos de los ejércitos en campaña. De ese rasgo de ingenio habría de resultar el Convenio de Ginebra de 1864. Florence Nightingale, en la misma época, se proponía actuar, pero ante todo, a nivel nacional, mientras que, para Dunant, la situación sólo podía resolverse a nivel internacional. Ya no distinguía a las víctimas de tal o cual nación, sino a hombres que tenían como única nacionalidad el sufrimiento. También era visionario cuando, mucho antes de los bombardeos aéreos, preconizó la designación de zonas de seguridad, donde se reuniría a los heridos fuera de combate y a las personas civiles. En su mente nacían asociaciones universales, uniones de hombres de buena voluntad, cuyas voces se elevarían de todas partes. A veces, el auditorio

ante el cual explicaba sus proyectos era escaso; ¿qué importaba?, ¡él continuaba! ¡Idealista, es verdad, pero no utopista como algunos han dicho!

Manteniendo en su interior una verdadera inocencia, la posibilidad de creer que la realidad se moldea a merced de los sueños, no conoció la palabra «imposible». Hubiera podido pronunciarla ante el campo de muerte que era la llanura de Solferino. Imposible ayudar cuando se carecía de todo: médicos, enfermeros, agua e hilas. Inútil intentar aliviar la miseria de un hombre mientras que treinta mil heridos, a su lado, morían lentamente. Ni un instante Dunant se detuvo a pensar semejante cosa; más aun, ni siquiera se le ocurrió tal idea. Sostenido por su compasión, para él nada era imposible, nada era inútil, pues sentía con dolor que una solidaridad profunda une a los felices con los infelices, a los válidos con los inválidos, a los vivos con los muertos.

Su ejemplo sigue vivo: la enorme desproporción entre las gigantescas tareas humanitarias que deberían realizarse en el mundo actual y los medios tan escasos de que se dispone para llevarlas a cabo, esta desproporción no debería desanimarnos; cada hombre tiene su propio valor. Para salvar la vida de un solo herido, los cinco ocupantes de una ambulancia de primera línea ponen en peligro la propia. Dunant tenía el sentimiento profundo de esa fraternidad del alma que hace acallar la razón, exigiendo el gesto asistencial para cualquier ser, aun cuando esté rodeado de miles de víctimas.

La labor de la Cruz Roja

El pensamiento se extravía, cuando se consideran grandes cantidades. Ahora bien, en un mundo en el que la jerarquía de valores que ha predominado hasta ahora se modifica muy rápidamente y en el que todas las nociones son relativas, la Cruz Roja sostiene siempre la misma idea que, para ella, es de un valor intangible e indiscutible: la del respeto a todo ser humano, sea cual fuere la raza o religión a que pertenezca o la opinión política que tenga. La consecuencia es que hay que ayudar, sin acepción de personas, mirando únicamente el rostro de quien sufre. Otra idea se encadena, la de la solidaridad de los hombres entre sí. La Cruz Roja, precisamente, se inspira en esa idea y la propaga; de ahí su importancia para el futuro.

Desde un punto de vista práctico, la Cruz Roja vale lo que valen las personas que la sirven y que pueden, con su actitud y con sus actos, reforzarla o dañarla a los ojos del mundo. En el segundo caso, no sólo dañan la propia institución, sino también los principios que la rigen.

En las organizaciones humanitarias, algunas de las tareas son burocráticas. Por lo tanto, es necesario saber mirar más allá de la tarea cotidiana, y, por más humilde o poco útil que parezca una tarea, debe realizarse su significado en general, integrarla en la imagen de una civilización mejor, que, modestamente, en parte, ayudamos a edificar. Además, como esa labor concierne al ser humano, el colaborador de la Cruz Roja introduce algo de su vida personal en su vida profesional. Cuanto más industrializada esté la sociedad, más anónimas serán las multitudes y más necesario será que el servicio efectuado —sea cual fuere el lugar—, en nombre de la humanidad, se nutra de un contenido espiritual. Es necesario que presten ese servicio hombres y mujeres lo suficientemente ricos moralmente como para poder *dar* en un mundo sometido a métodos estadísticos y a computadores y en el que se considera, a menudo, que sólo se debe dar en la medida en que se recibe.

Pero, ¿cómo negar que se trata de una tarea difícil y que no es posible llevarla a cabo sin un constante empeño personal? Tiene un contenido moral que hace que sea diferente a la que se realiza en una empresa cualquiera. Colaborar en una obra humanitaria es estar obligado a justificar la tarea emprendida —ante nosotros mismos, en primer lugar—, por su humanidad. Saberse solidarios de todos, sentir que cada vida tiene su eco en nuestra vida, permanecer disponibles.

En el puesto que ocupemos, aun el más modesto, esa labor tiene una importancia innegable. No sólo porque todos los engranajes son necesarios para la buena marcha del conjunto, sino, sobre todo, porque, precisamente, en una institución humanitaria, el valor humano de los colaboradores tiene gran importancia. A todos los niveles, cada uno testifica el ideal de la Cruz Roja, cada uno procura constantemente mantener y preservar, en sí mismo, la energía para poder continuar su tarea, pese a los mentís que parecen darle los acontecimientos.

Mientras que él cree en el ser humano, y en su salvaguardia, los periódicos, la radio, la televisión nos presentan innumerables ejemplos de odio y de discordia. Mientras que lucha —con su acción cotidiana—, por la paz y por un mundo más fraterno, oye tan sólo ruidos de guerra. Y es necesario proseguir su labor pese a todo, perseverar, pues si no

tiene confianza en las fuerzas superiores para hacer, poco a poco, un universo mejor, su lugar no está en una institución de la Cruz Roja.

Un aspecto del servicio humanitario

El mundo moral es indivisible. El hombre moderno no se da cuenta ya, en la mayoría de los casos, de que su vida debe formar un todo, de que, en ese ámbito, cada parte debe estar íntimamente relacionada, de que no puede ser fiel en un aspecto e infiel en otro. Así, toda labor humanitaria difiere de las demás actividades sociales, por su propia naturaleza y por la actitud de entrega que requiere.

Es importante que las personas que se dan cuenta de su calidad particular, del valor de testimonio de su quehacer cotidiano, sigan llevando a cabo las tareas. Este quehacer, realizado como promesa de fidelidad a un ideal, evidencia que no es el rendimiento lo que, ante todo, importa, ni los grandes medios, ni los resultados, sino que la dignidad de todo hombre sea respetada. Y así es, precisamente, la labor al servicio de la Cruz Roja si se realiza con esa perspectiva. Por supuesto, es posible realizar su tarea como se hace en cualquier oficina, en cualquier fábrica. Todo funcionará igual y nadie, quizá, se dará cuenta. Pero esa labor no tendrá el contenido moral que debe tener un verdadero trabajo humanitario. Sólo aportará la prueba de una eficacia corriente, común a todas las empresas bien administradas. Nada *más*. Ahora bien, es precisamente ese *más* lo que se nos pide. Porque ese *más* indica que se considera la labor de la Cruz Roja como un servicio.

Una enfermera puede prestar asistencia a los enfermos aplicando las técnicas que le han enseñado y nada más. Pero el *más*, que hará de ella una buena y verdadera enfermera, es, recogiendo los términos de Bergson, un suplemento de alma: porque ella sabe que no ejerce su profesión únicamente para ganar su vida, sino —y éste es el *más* que da sentido a su existencia— para servir a su prójimo. No se trata únicamente de máquinas, de jeringas, de papel, sino de seres humanos con su miseria fisiológica o con su abandono moral.

Así, algunas instituciones —la Cruz Roja, por ejemplo— nos permiten llegar a ser más plenamente nosotros mismos entregándonos a una obra en la que ponemos, al servicio del bien, nuestra confianza y nuestro espíritu aventurero.

Renovar sus fuerzas

Al tener el deseo de participar en algo que nos supere, necesitamos una comunión, y el servicio al prójimo es uno de los medios de lograrla. ¿No convendría, pues, en esas condiciones, interrogarse acerca de las razones profundas que uno tiene para servir? Porque puede ocurrir que la entrega de sí tenga como origen una pobreza y no una riqueza. Débil e inseguro, uno encuentra en esa acción un pretexto para autojustificarse, para huir mediante una entrega que es tan sólo, entonces, una coartada...

Sin embargo, es importante que ocurra lo contrario, particularmente cuando se trata del trabajo humanitario. Debe haber, en la raíz una verdadera riqueza. De otra manera, siempre habrá un desfase entre el don que se hace y el que recibimos de los demás. En pocas palabras, no se ha de servir por compensación, sino por un impulso profundo del ser, un reconocimiento de esa fuente inagotable de energía que es la determinación de servir. ¡ Siempre se debe saber por qué se sirve, por qué se da y, en definitiva, por qué se vive ! ¡ Siempre se debe volver a la razón de su compromiso en el mundo !

*

El filósofo alemán Herder recordaba que la humanidad no nos es dada una vez para siempre; debemos demostrarla cada día. Eso significa aportar la prueba constante de nuestra humanidad mediante rasgos de humanidad. Por ello, si se quiere luchar victoriosamente contra ese enemigo eterno que es el desaliento, es necesario, previamente, encontrarse a sí mismo para, luego, poder encontrar a los demás. Si no, se corre el riesgo de hacer « activismo », de enmascarar su vacío interior mediante la acción a toda costa.

Por el contrario, tener la riqueza de una experiencia interior es ser generoso, es querer que los demás participen en ella. Y una de las manifestaciones más eficaces de esa generosidad es tender las manos. Al mismo tiempo, se organiza, como trama de apoyo, una moral del servicio, del respeto mutuo y de la tolerancia.

Por supuesto, cada uno participa en la acción humanitaria según su propia concepción del mundo, cada uno contribuye inspirándose en su religión, en su pensamiento, en su ideal personal. Y, simultáneamente,

la suerte mayor, quizá, para los colaboradores de la Cruz Roja, es poder mantener contacto con la vida, con el prójimo.

Claro está, la civilización científica y técnica en la que, poco a poco, entran todos los países, ofrece oportunidades siempre nuevas para el servicio humanitario. Pero éste, hoy, está formado, al mismo tiempo, de razón y de sentimiento, de técnica y de corazón. La técnica puede llegar a ser, entonces, un telón y, por último, ya no estar vivificada por la generosidad. Una buena preparación técnica es necesaria, pues el corazón no basta ya en una época como la nuestra, en que las tareas deben efectuarse dentro de estructuras lo suficientemente amplias para poder ser eficaces.

Pero los resultados expresados por las cifras no atañen a la Cruz Roja. A ésta le interesa el ser humano. Un hombre que se salva —aunque sean cien mil los que están amenazados— justifica su intervención. La lógica totalmente racional, la del rendimiento máximo, no podría aplicársele. Por ello, la labor humanitaria tiene algo particular en el mundo actual que, en cierto sentido, se opone a la evolución utilitaria contemporánea.

Servicio voluntario y comunidad

Hay oposiciones entre la moral de los Estados y la de la Cruz Roja. Los Estados, debido a las circunstancias, actúan según otros criterios. Pero, si la Cruz Roja ha de defender, frente a las exigencias estatales, al hombre únicamente, al hombre desarmado, deberá también ganar por la mano al Estado, adelantársele con valentía, mostrar una imaginación práctica siempre despierta. La intromisión creciente del Estado en el ámbito social plantea problemas a las organizaciones privadas, que han preparado, a menudo, el camino, con sus iniciativas. Es importantísimo que el servicio asistencial voluntario subsista. Al adaptarse a tareas siempre nuevas, mantiene toda su razón de ser, pues nada, en realidad, puede reemplazar la asistencia voluntaria. Es un capital moral, una posibilidad, para muchos, en un universo difícil y anónimo, de prestar asistencia fraterna; ofrece, además, la oportunidad, siempre nueva, de practicar la ayuda mutua. Se pasa, así, de una solidaridad estrecha, a una solidaridad más amplia. Al luchar contra esas llagas de nuestro

tiempo, el aislamiento y la incomprensión, se disminuye la agresividad que resulta de los mismos.

Además, los movimientos de ayuda voluntaria tienen una influencia creciente sobre la política social, son un medio que tienen los ciudadanos para participar en la existencia concreta de la comunidad a la que pertenecen. Por otra parte, sea remunerado o benévolo, profesional o voluntario, el servicio de la Cruz Roja tiene las mismas exigencias y requiere, en uno como en otro caso, las mismas cualidades de carácter y de apertura de espíritu.

Cada vez más extendida, la tecnología, en todos sus aspectos, modifica la sociedad y permite resolver, más rápidamente, nuevos problemas de organización. No obstante, la evolución general más rápida que acarrea aumenta el número y la extensión de los conflictos sociales y de las luchas internas. La propia dinámica del progreso tecnológico es cada vez más difícilmente controlable, de no mediar una participación más activa de las instituciones de índole, sobre todo, voluntaria, pues la asistencia privada, que completará, en gran medida, el trabajo social del Estado, llevará a cabo ciertas tareas de pacificación y de arreglo de conflictos en la sociedad.

Por otra parte, para la Cruz Roja, es en período de hostilidades, tanto a nivel internacional como nacional, cuando el servicio voluntario mantiene todo su sentido. Pues como la Cruz Roja no hace ninguna distinción entre amigos y enemigos, las personas que trabajan bajo uno de sus tres signos distintivos sólo tienen en cuenta la asistencia que deben prestar a las víctimas. Promueven, así, en medio de la guerra y del odio, un espíritu de paz.¹

Una anécdota, que recordaba cierto día el poeta mexicano Torres Bodet, aclara el sentido de esta breve meditación sobre el servicio y su significado para la Cruz Roja; ilustrará nuestro tema.

¹ Mucho antes de la fundación de la Cruz Roja, el moralista inglés Samuel Johnson escribió, ya en 1758, estas líneas proféticas: « Esta asistencia es la mejor, la que tiene un alcance mayor. Socorrer a su enemigo, ¿qué es sino inducir a la humanidad a unirse en un abrazo fraterno, disipando, así, los rencores que oponen a las naciones, preparándolas a instaurar entre ellas la amistad y la paz? ».

Un padre propone a su hijo de siete años un juego de paciencia. Rompe un gran planisferio, mezcla los pedazos y ordena al niño que regrese únicamente cuando haya reconstituido el mapa. El niño vuelve pocos minutos más tarde, con su tarea terminada. ¿Cómo había podido hacerlo tan rápidamente? ¡Muy sencillo! El planisferio estaba impreso sobre un papel que representaba, del otro lado, a un hombre en pie. El niño tenía tan sólo conocimientos imprecisos de geografía, pero había recurrido, para coordinar los pedazos, a algo muchos más inmediato: la estructura del ser humano.

Recomponiendo la figura humana, el niño había reconstituido el mapa del mundo. Las personas que sirven a la Cruz Roja también, al pensar en el hombre —al reconstruir su vida, su salud y su dignidad— ayudan a reconstituir el mapa moral del mundo. He ahí el verdadero servicio al prójimo, la verdadera tarea humanitaria en la que todos debemos participar: dibujar el contorno de la tierra, reunir los países, recomponer los pedazos, restablecer la unidad, porque la imagen de la humanidad sigue guiándonos.

Jean-Georges LOSSIER